

## **“EL LAGO QUE DESAPARECE”**

### **La catástrofe ecológica del Lago Chad**

#### ***Aún queda una mancha verde***

Texto: Marisancho Menjón

Un lago que va desapareciendo inexorablemente, el avance amenazador del desierto circundante, la ausencia de lluvias, los ríos secos que ya no desembocan en ninguna parte porque su caudal se exprime hasta la última gota...

No extraña la afirmación de que el Lago Chad es “el Mar de Aral africano”. Desgraciadamente ambos casos muestran muchas similitudes y un resultado catastrófico: la extrema reducción de dos masas de agua continental que se contaban entre las más importantes del mundo. Dos catástrofes que no son sólo ecológicas, sino también humanas; o, mejor dicho, que son catástrofes humanas porque lo son ecológicas, pues lo uno es inseparable de lo otro.

Se suele decir que el Lago Chad desaparece por culpa del cambio climático y que será una de sus primeras víctimas. Es cierto que las duras sequías de las últimas décadas, cada vez más prolongadas, están teniendo consecuencias devastadoras, y que las zonas semiáridas se cuentan entre las más propensas a sufrir los rigores del calentamiento global. Pero no sólo hay que tener en cuenta ese factor: una vez más la mano del hombre, en forma de mala gestión de las aguas y de los sistemas acuáticos, está detrás. La falta de visión a la hora de actuar sobre los ríos, sin acabar de entender que una actuación aguas arriba siempre tiene su repercusión aguas abajo, genera graves problemas que se cargan, como siempre, sobre las espaldas de los más pobres.

El Lago Chad es un oasis en mitad de la aridez del Sahel, al sur del desierto del Sahara. Alimentado en un 90% por el río Chari y sus afluentes, desde las lejanas montañas de la República Centroafricana, el lago depende en gran medida de los ciclos monzónicos. Tanto los ríos como las lluvias estacionales se han debilitado en extremo, al tiempo que crecen los periodos de sequía. La consiguiente recesión del lago pone en peligro la supervivencia a corto plazo de cientos de miles de personas. En toda la cuenca del Lago Chad, junto a sus

aguas y de sus aguas, habitan más de treinta millones.

Basta mirar un mapa para advertir la importancia que tiene la existencia de este lago en el centro del continente. Sobre la mancha azul de su contorno se trazaron cuatro fronteras, de esas limpias, como a tiralíneas, que solían dibujar los colonizadores de África, de modo que se proporcionase acceso al agua a otros tantos países. Chad, Níger, Nigeria y Camerún comparten así el lago, aunque más bien habría que decir "compartían", pues el agua no llega a sobrepasar, en los últimos años, los límites del Chad.

Esas tajantes divisiones fronterizas son muestra también del poco respeto que los colonizadores tuvieron hacia las realidades sociales, tradiciones y necesidades de las poblaciones autóctonas. Durante siglos, el Lago Chad fue el centro de una antigua cultura, el imperio Kanem-Bornu, que aglutinaba a los pueblos ribereños desde la alta Edad Media. Con la llegada de los franceses en 1920, se produjo la violenta desaparición de su organización tradicional y esos pueblos quedaron divididos.

La explotación colonial de los recursos supuso un trauma en la economía de las comunidades ribereñas: su producción agrícola tradicional fue sustituida por el cultivo del algodón para la exportación, cuya comercialización quedaba en manos francesas. Con ello, faltaron los alimentos básicos y llegó el hambre.

Pero fue tras la independencia, obtenida en 1960, y mientras el Chad se desangraba en guerras internas, cuando Nigeria puso en marcha los grandes proyectos de regadío que iban a significar la verdadera sobreexplotación de los ríos tributarios del Lago Chad: se trataba de poner en riego decenas de miles de hectáreas en la parte más meridional del Sahel, el llamado "Sahel húmedo". Uno de los proyectos se ubicó en la cabecera de los ríos Hadejia y Jama'are, donde se construyeron varias presas en la década de 1970. Pero el principal plan, uno de los más ambiciosos de África, fue el denominado "South Chad Irrigation Project", iniciado a finales de esa misma década y que afectó a varios ríos de la cuenca, repetidamente represados y sangrados mediante canales. Los caudales se derivaban para el cultivo del arroz, que necesita grandes cantidades de agua en un área, como la del Sahel, con unas altísimas tasas de evapotranspiración y problemas de escasez...

Sólo se alcanzó a poner en riego algo menos de la tercera parte de la extensión proyectada, pues las aguas empezaron a reducirse de manera drástica al tiempo que se encadenaban sucesivos ciclos de sequía. Se quiso incluso bombear agua del propio lago para hacerla llegar a los campos: pero la enorme planta eléctrica de New Marte, construida a finales de los años 70 para posibilitar ese bombeo, nunca llegó a entrar en servicio y permanece abandonada, junto a un canal de toma también intacto, esperando en vano la resurrección del lago.

En los años 60 el Lago Chad cubría más de 25.000 km<sup>2</sup>; en la actualidad apenas alcanza los 1.000. Su escasa profundidad (7 m en su punto más hondo y tan sólo 1,5 m de media) lo hace más vulnerable a cualquier modificación climática que altere el régimen de precipitaciones. De hecho, ha experimentado fuertes fluctuaciones en su volumen y extensión a lo largo de la historia. Los estudiosos han documentado periodos en los que el lago prácticamente ha llegado a desaparecer para volver a recuperarse al llegar ciclos más húmedos. Pero es la primera vez que a esos ciclos naturales se suma la acción del hombre de forma sumamente significativa: se estima que la detracción de caudales en la cuenca para proyectos de regadío es responsable de al menos la mitad de la recesión del lago.

“Si no hacemos nada, el lago simplemente desaparecerá”, ha afirmado el ministro nigeriano Adamou Namata, miembro de la Comisión de Cuenca del Lago Chad. Este organismo fue creado en 1964 para coordinar la gestión de las aguas entre los cuatro países que comparten el lago, más la República Centroafricana, de donde proceden sus principales tributarios.

La falta de agua ocasiona una catástrofe humana que tiene múltiples facetas.

Tradicionalmente, las comunidades ribereñas se han dedicado a la pesca (el pescado supone el principal aporte proteico en su dieta) y, complementariamente, a una actividad agrícola denominada “firki”, que consistía en cultivar las zonas de tierra limosa y fértil que el lago dejaba al descubierto cuando se retiraba tras las inundaciones monzónicas. Con eso cubrían sus necesidades. El lago servía de medio de comunicación para los intercambios y animaba la vida, de aire portuario y pesquero, en poblaciones como Malamfatori, Baga, N'guigmi... hoy a cientos de kilómetros de la ribera. El lago bullía de embarcaciones que hoy se pudren u oxidan embarrancadas en la lejanía.

Han desaparecido las abundantes especies de fauna que poblaban las orillas (jirafas, hienas, búfalos, gacelas, antílopes...), se han ido los pájaros y otras

especies salvajes; y han disminuido dramáticamente, en cantidad, tamaño y variedad, las especies de peces que constituyen el alimento básico de la población. Se ha ido el agua y ha llegado el hambre. También ha llegado una planta invasiva, la typha, que impide la navegación y la pesca, pero que sirve de hábitat a las bandadas de *Quelea quelea*, el llamado "pájaro langosta", pues su presencia constituye una auténtica plaga.

Los pescadores nigerianos y cameruneses se repliegan hacia las orillas cada vez más exiguas del lago. La población se agolpa en los poblados y pelea por los escasos recursos. Surgen los problemas, la violencia. Los conflictos son habituales entre pescadores y agricultores, agricultores y ganaderos, antiguos pobladores y recién llegados; todos luchan por sobrevivir. Los conflictos fronterizos por el establecimiento preciso de los límites territoriales y los derechos de uso del agua añaden grandes dosis de tensión en una zona ya muy castigada por décadas de enfrentamientos.

Los gobiernos buscan soluciones. Se construyen a modo de "polders" para cultivar las tierras de las que el lago se ha retirado, y se ayuda a los antiguos pescadores a reconvertirse en agricultores. También se conciben proyectos de mucha mayor escala: la Comisión de Cuenca del Lago Chad viene proponiendo desde hace años en los foros internacionales un trasvase desde el Ubangi, en la cuenca del río Congo, hasta el Chari, para volver a abastecer el Lago Chad y lograr su recuperación. En el Forum Mundial del Agua celebrado en Kioto en 2003, los dirigentes de los cuatro países ribereños hicieron una llamada urgente de apoyo financiero para el proyecto (sólo para hacer los estudios de viabilidad se requieren seis millones de dólares), y nuevamente en 2008 se volvió a lanzar una petición de ayuda a la comunidad internacional. Pero hasta ahora, la idea no ha tenido éxito.

Se trata de un proyecto muy complejo y costoso, que implicaría la construcción de una gran presa en Palambo, sobre el río Ubangui, y el trazado de un canal navegable de más de 100 km de longitud, por donde discurrirían los caudales que se pretenden detraer. Pero no es sólo el alto coste financiero lo que retrae a los posibles inversores; es también la duda sobre si lo que se conseguiría, de llevarse a cabo el proyecto, no sería trasladar el problema de una zona a otra... e incluso crear nuevos problemas en el ecosistema propio del lago.

En realidad, lo que se pretende no es únicamente "rellenar" el lago; se trata además de emplear los caudales trasvasados para abastecer regadíos,

promover la instalación de agroindustrias y producir electricidad ubicando una central bajo la presa de Palambo. Quienes promueven el citado trasvase planean la puesta en riego de miles de hectáreas en la cuenca del Lago Chad. La envergadura del proyecto, no obstante, hace emerger elevados riesgos de insostenibilidad. De hecho, la recuperación del nivel del lago puede pasar a ser anecdótica o, peor aún, puede ser simplemente el justificante socioambiental de un proyecto de desarrollo insostenible al margen de los intereses y del control de las poblaciones ribereñas.

De momento, lo que está en marcha es un proyecto de regeneración de los ecosistemas del lago, que cuenta ya con financiación internacional y que se basa principalmente en una gestión integral más adecuada de los caudales de la cuenca. También hay propuestas para recuperar los sistemas tradicionales de cultivo, que probaron su eficacia durante milenios para abastecer a la población y que, sin necesitar grandes y costosas infraestructuras, pueden solventar el problema más urgente e importante: el hambre.

Pero esos proyectos no contentan del todo a los dirigentes de los países afectados, que se sienten más atraídos por megaproyectos como el del trasvase del Ubangui. Como dicen los representantes de la empresa italiana Bonifica, que ha diseñado el proyecto, "no hay que tener miedo de pensar a lo grande". De modo que, aunque el proyecto lleva ya más de quince años buscando financiación sin éxito, sus promotores no decaen en el empeño, sobre todo desde que, en 2003, se inaugurara el oleoducto Chad-Camerún dinamizando la explotación de las reservas petrolíferas chadianas, ubicadas por cierto en las proximidades del lago.

Mientras tanto, los agricultores chadianos diseñan pequeños sistemas de captación de agua de lluvia para sus campos. Y confían en que el clima cambie y vuelvan a llegar, en el futuro, los fuertes monzones de los años felices.

